



ARNALDO ESTE

VENEZUELA, *Universidad Central, Caracas.*

EL DERECHO A LA DIVERSIDAD*

* Trabajo presentado al Xº Congreso Interamericano de Filosofía. Tallahassee, U.S.A., 1981.

Los doscientos años de la existencia formal de los derechos humanos, en la forma concebida y consagrada por Occidente, son doscientos años de exclusión o ignorancia del Derecho a la Diversidad.

Lo que llamamos Cultura Occidental se cuece en la heredad de Carlo Magno. Aquel grupo de pueblos cercados en el centro de Europa(1), con el Islam en el Mediterráneo, los Normandos en el Oeste, los Magiares y otros Bárbaros en el Este, los Marginales de la época entre feudo y feudo, el frío, el aire y el temor; el profundo temor en sus puertas y ventanas, en sus muros y pisos, en sus ollas vacías y en su carne, su carne débil y sólo útil para la muerte; con mucho tiempo para recordar y reducir a símbolos sus vivencias.

Es entonces esa Cultura Occidental una cultura de Ghetto.

La Iglesia les ha legado una conciencia de hombres escindidos que encuentra en aquellas condiciones su mejor caldo de cultivo: el cuerpo y la extensión son las rémoras del vuelo del espíritu. Ese hombre invernal siente como un castigo el tener que enfrentarse a la naturaleza y a los otros hombres para poder alimentar ese cuerpo que le suena siempre extraño. Así, sus contactos con las cosas, en los otros, —inevitablemente resarcidores— pertenecen a lo ilimitado y la eticidad inextensa del alma, siempre, de todas maneras, los negará. No hay nada corpóreo que pueda ser divino: esa eticidad imposible hace, a la postre, como se ha visto, todo posible.

Ese hombre invernal que acude a su cuerpo como a algo extraño, lo hará de igual manera a toda la extensión. La naturaleza será siempre extraña y motivo de reducción. De ella se puede esperar cualquier cosa.

Ese hombre invernal, tarde o temprano termina por salir de su claustro, armado de su larga reflexión. Llevará su temor al mercado y entonces su comunicación con los otros, su conciencia de los otros comenzará a ser regida, con ese antecedente, por las calidades del instrumento de esa relación: la mercancía. Como antes se atesoraba para sobrevivir, y lo poseído significaba vida, ahora se atesora también para cambiar y la posesión de otras cosas, de otras historias, de otras vidas se hace mediante su reducción a las calidades de lo cambiante. Lo cambiante debe ser limitado, definido, algo y no otro: se tendrá por conocido lo que se pueda definir y ubicar en los límites de lo conocido.

Lo que no puede ser ubicado en los límites de lo conocido, o no existe o tiene una existencia negativa. Así, más tarde, se legislará para los iguales, y sólo serán iguales los conocidos. Lo diverso será desconocido, lo diverso no será igual.

ooooooooo

1.- "La libertad consiste en poder hacer todo lo que no perjudique a otro"... (2) pero otro es uno de los nuestros y en todo caso el concepto de perjuicio no implica a aquello que Occidente no considera perjuicio. Civilizar va a ser la reducción de las diversidades a los límites de Occidente. Civilizar no es un perjuicio, luego civilizar es una acción de libertad.

En el seno de los civilizados no hay discusión sobre la necesidad de civilizarse. Los problemas sólo están en la manera de civilizarse más rápidamente y ello no es otra cosa que el imperio de la igualdad. Una igualdad anterior a aquellos a ser igualados.

2.- Hay entonces una palabra para ese proceso civilizador: desarrollo. Desarrollarse significa "llegar a ser como" Se objetiviza un curso temporal, lineal, con niveles o grados prefijados: "sub", "en", "hacia", "en vías de", etc. Ese proceso es sumamente igualitario. La diversidad es reducida a una "igualdad" que supone que todos somos iguales en la medida en que vamos siendo conocidos, sólo que en diferentes grados de desarrollo, es decir, *estando yo en un grado superior al tuyo, no es que dejemos de ser iguales, pero tú tendrás que aceptar mi experiencia de hermano mayor para que puedas con el tiempo llegar a ser como yo: sólo que entonces yo ya no estaré donde ahora estoy.*

3.- El tiempo es sólo un transcurso de una historia referida en símbolos. Los otros momentos son partes de esa historia. El espacio es aquello que después de ser conocido —reducido— se agrega a ese curso histórico. La geografía es reducida a una circunstancia temporal, el momento en el cual será igualdad.

4.- El hombre escindido, preparándose para la muerte, queriendo realizarse en el alma, se reúne con la pretensión limitadora, definidora y se produce un pensamiento entificado, suerte de cosa inasible pero sólidamente expresable en símbolos. Esta entificación del pensamiento es la otra versión del alma. Una actividad circunscrita, ubicada, determinante y determinada, con las mismas características de opacidad, lugar y tiempo que el símbolo quiere para las cosas. No hay la sensibilidad para comprender el *hacer-pensar* de los hombres como función inseparable no limitable, no decantable. El recuerdo del pecado es demasiado oprobioso para enaltecer el cuerpo humano como una realidad que exige para expresarse, para conocerse, para realizar su fecundidad, mucho más que símbolos. Este pensamiento o razón entificada deambula por las discusiones y causa terribles problemas de ubicación en los libros y bibliotecas; en las academias y universidades; en estados y superestructuras; en iglesias y sacramentales; en el lenguaje, en el omnipotente lenguaje. En todo caso, el hombre aceptado como verdadero, el hombre almático, —ese pensamiento entificado capaz de concurrir al mercado— aparece vigente en los símbolos, en su única versión realmente valorable, porque allí está limitado y empaquetado. La escáp-

tica confesión de pobreza no logra evitar regodearse en esa pobreza y terminar por aceptarla como lo real. Ya que confiesa no poder ir más allá, va a quedarse con lo cuantificable, con lo medible, con lo que pueda reducir a la unicidad, a nuestra igualdad, y —gracias al poder y por el poder mismo— pone a traficar estos sustitutos por las calles, que si poco permiten salir adelante, mucho evitan que esto se caiga.

En estos términos, Occidente impone el culto a un saber brillante, en el cual lo profundo de la realidad es sustituido por la destreza de la composición simbólica. La profundidad de lo múltiple y diverso, siempre presente en el cuerpo, es sustituida por la llanura de la combinatoria exquisita de los símbolos. Es una Cultura Simbólica.

5.- El hombre dominador, el hombre depredador necesitará de argumentos para su acción. Habiendo alimentado el culto a los símbolos se seguirá valiendo de ellos para justificarse: Una vez más los símbolos del poder divino favorecieron a los reyes para reducir a los Señores; otra vez los símbolos de la racionalidad favorecieron al poder cívico para destronar los reyes; esta vez los símbolos de la ciencia fortalecen el poder de Occidente y la negación de toda diversidad.

6.- La ciencia no sólo es el soporte y operario de la balanza de la justicia y la verdad sino que es la gran alimentadora de la industria. Lo abstracto del desarrollo encuentra concreción en industrias y producción industrial, tecnología y conocimiento mercadeable. Este "progreso" es el gran igualador. Iguales productos para iguales consumidores. Un igual consumidor que resulta más extrañado que nunca en la adquisición de la anhelada conciencia de sí que los símbolos le traen, en la única conciencia de sí que los símbolos pueden aportar en este caso. Conciencia de sí, industrial y científica, pero esta conciencia es negadora de su diversidad, de su cuerpo y de su ámbito.

7.- El criterio de medida de ese "su progreso" son sus productos. El hombre no se hace en sí, en su entorno, sino que se hace al rodearse de sus productos, en los cuales se va disolviendo.

De esa manera, ese progreso queda determinado por una persecución, más que por una búsqueda. El cuadro de símbolos impuestos es la obsesiva imagen de realización hacia la cual hay que ir. No importa lo arbitrario que sea esa imagen, ella está vinculada al Poder, el cual a su vez resulta el único medio para lograrla, o dicho de otra manera es ella misma.

8.- Así, esta cultura, que se realiza en símbolos, termina por ritualizarse en los instrumentos. Lo que al principio era una dependencia de sus productos se transforma en una dependencia del instrumental que lleva inevitablemente a sus productos. De esa manera, se termina por agradecer que se nos permita comprar, porque —supuestamente— ellos, no es que nos hallan creado una necesidad: La necesidad sería nuestra. En consecuencia tendríamos que agradecerles a esos —"inteligentes científicos"— el que tengan los recursos para satisfacer nuestras necesidades. Habiendo llegado a usar su razón y su lógica, terminamos por creer que es la nuestra y que son los nuestros los pensamientos que nos llevan a esos deseos. La lógica, la razón y la

ciencia, son neutrales e iguales para todos; —que ellos las hayan inventado es sólo casualidad—. Así, se han internalizado no sólo sus conocimientos y sus necesidades, sino el instrumental que lleva a ellos, con el resultado de ver todo lo propio como ajeno y lamentarse de no ser uno de ellos.

9.- De esta manera, la negación de la diversidad toma el camino de la total erradicación, no se queda en la prohibición del florecer. Es demasiado. Las mismas cosas que identifican al hombre como especie y lo diferencian de los animales son aquellas que lo hacen diverso. La fertilidad es una función de la diversidad. En el hombre la fertilidad, toda creación, es una fuga de su estado anterior. Negar esa fuga, negar esa diversidad por igualación abstracto simbólico no es, entonces, otra cosa que la negación del hombre para civilizarlo, y ello no es otra cosa que el conformismo castrado de una cultura que se contenta con poco, con los primeros frutos de haber dejado atrás, recientemente, al animal, y ya quiere congelarse.

10.- Hay que decirles entonces por igual a los herederos de Levi y a los "guardianes del fuego sagrado", que existimos los diversos, los otros, y que eso no debe entristecerlos, ya que es muy probable que venga de nosotros la cuerda que los sacará del pantano en que se hunden, de su infierno de guerras inventadas, de su mundo de Comboys frustrados y dictadores de la Coca.

Hay gente y latitudes que no tienen motivos para odiar a la naturaleza. De ella no les viene frío y malos recuerdos. La extensión, ni su cuerpo en ella, han sido reciento de pecado. Su cuerpo ha sido ellos mismos y su pensamiento ha sido su mismo cuerpo, en el rico cultivo del sentir y pensar como una cosa.

Es tiempo de emplazar el Derecho a la Diversidad como un derecho humano. Sacarlo de cualquier nivel implícito y hacerlo claro e intencional.